

Un payaso en el hospital

Cuando era niño, la gente se reía de mis gestos o palabras. Yo pensaba que se reían de mí, y me enfadaba. Después aprendí a tolerarlo, más tarde comprendí que podía resultar divertido también para mí. Un día descubrí que es lo que más me gusta ser: payaso.

Está científicamente demostrado que la risa desencadena en el cerebro impulsos eléctricos que ponen en marcha una serie de reacciones químicas. El sistema endocrino (glandular) ordena al cerebro la secreción de tranquilizantes y analgésicos naturales que disminuyen la ansiedad y alivian el dolor. Algunas sustancias que se liberan bajo el estímulo de la risa ayudan a la digestión, otras hacen que las arterias se contraigan y se relajen, lo que favorece la circulación de la sangre y probablemente alivie la hipertensión arterial. La actitud mental reflejada en un buen sentido del humor es un importante factor que predispone a algunas personas a una larga vida.

Sin embargo, solemos decir “Silencio, hospital”. Para poder intervenir en un hospital es fundamental que el payaso no respete a rajatabla este principio. Es en la ruptura dónde se encuentra la base de lo cómico. Para poder ser payaso, lo primero que hay que hacer es no tomarse demasiado en serio, poder reírse de uno mismo y llevarse bien con el sentido del ridículo.

A mi me gusta reír, hacer reír a los demás y, en nuestro oficio, la gente es lo que espera de un payaso. Sin embargo, mi experiencia en el hospital me hace pensar que, a veces, un gran éxito puede ser simplemente una tímida media sonrisa. La mamá nos dice emocionada: “Es la primera vez que sonrío en dos semanas”. El destino de nuestro arte es la vida. Si podemos aportar nuestro humor y generosidad a este público realmente

necesitado de esperanza y vida, hay que hacerlo. Y para ello hay que prepararse, formarse.

Trabajar para niños con patologías importantes como el cáncer, es un desafío y una empresa delicada. El payaso camina de puntillas por la cuerda floja, entre los sentimientos y la enfermedad. Intrépido acróbata de la emoción, puede saltar de la tristeza a la risa para acabar en la carcajada. Con volteretas vertiginosas evacua el miedo para dar el paso a la confianza. Mago prestidigitador que transforma con su varita mágica la preocupación en buen humor. Gran malabarista de sentimientos.

Una niña inmovilizada en la cama, intervenida de un problema de columna está deprimida. Tiene miedo, al día siguiente la forzarán a levantarse, no quiere. En los seis minutos de visita de los doctores-payasos, la niña no ha parado de reír. No quiere esperar a mañana, quiere levantarse. El miedo ha desaparecido. La enfermera comenta: “Dos analgésicos menos”. No es un milagro. Experiencias pioneras en América y Europa nos demuestran que este tipo de intervenciones, aliadas eficaces de las terapias médicas tradicionales, influyen de forma importante en la recuperación del estado de salud del niño. En un hospital, los niños se sienten a menudo privados de su poder. Están sumergidos frecuentemente en el dolor, rodeados de sofisticado material médico y del lenguaje especializado de personas desconocidas. Lejos de sus juguetes y sin sus amigos o compañeros de clase. Los payasos hospitalarios intentamos que recuperen el sentido del humor, que sus propia risa les sorprenda, aliviar el dolor, olvidar la enfermedad, aunque sólo sea por un instante.

Un chasquido de sus dedos puede provocar un truco de magia inesperado. Con un suave soplido, un niño puede mover en el espacio al payaso, provocando las carcajadas de los presentes.

La familia asiste a menudo a la visita del payaso. Ésta le alivia de sus preocupaciones. La simple presencia de dos personajes divertidos recuerda a la familia que se puede perder la seriedad y divertirse en el hospital, que la vida familiar debe continuar en la medida de lo posible. A los niños les encanta ver a sus padres transformados y participando con el payaso: la mamá tocando las castañuelas y bailando, el papá con un elegante sombrero convertido en mago.

A través de la risa y la emoción, los universos del payaso y del niño se encuentran. Al payaso podemos gastarle una broma, echarle de la habitación o contarle nuestro secreto más íntimo.

La jornada más dura que pasé en el hospital fue el primer día de observación. Pegado a la pared, sin derecho a intervenir y sin mi nariz roja. Pasando de la fantasía y el juego a la realidad de la enfermedad. Nos reímos de las tonterías de nuestros colegas y miramos al niño, acompañado de su gotero, mordido por el cáncer. Nos preguntamos por qué; y no tenemos respuesta. Y tampoco la experiencia de trabajar en un hospital nos ayuda a acostumbrarnos al enigma de la enfermedad. El hombre se empeña en comprender el misterio de la vida, en encontrar la fórmula de la longevidad. Pero nosotros somos profesionales en admitir el fracaso, la debilidad humana, el ridículo y la tontería. No tenemos la receta de la inmortalidad. Sólo recordamos que reír, confiar, amar... nos hacen sentirnos más en paz con uno mismo, más felices, más vivos.

SERGIO CLARAMUNT

Director Artístico de PayaSOSpital